

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron. — *Recuerdos de Toledo*, por D.^a Angela Grassi. — *Aves y horas* (poesía), por D.^a Blanca Gassó y Ortiz. — *La Hermosura del alma* (continuacion), por D.^a Micaela de Silva. — *Pensamientos* (poesía), por D. José Fernandez Bremon. — *Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda. — *Modas*. — *LÁMINAS: Figurin*, núm. 817. — *Grabado de Labores*.

REVISTA DE MODAS.



A pasado uno de esos días que son para nuestras lindas madrileñas verdaderos días de solemnidad en materia de Modas. El día del Corpus, festividad muy señalada en nuestra Religión, es siempre por la época del año en que se celebra, la que escoge la Moda para su total transformacion, presentándose ligera, vaporosa, abandonando la vaguedad en que se arrastra en los meses de Primavera, meses de transicion para la caprichosa deidad, y ostentándose ya fija y ataviada con todos los atractvos de la nueva estacion. Este año, sin embargo, la Moda ha visto defraudadas sus esperanzas: un día lluvioso y frio ha privado á nuestras elegantes de lucir las galas que tenian preparadas, y solo alguna mas atrevida ha osado contrarrestar la influencia atmosférica. La escogida concurrencia, que como todos los años se ha dado cita en la calle de Carretas despues de terminada la procesion, se ha presentado elegante como siempre, pero severa en su atavío. Solo cuatro ó cinco trajes ligeros, *obligados de Corpus*, hemos admirado, y esos puede decirse que destacaban del cuadro general. Los habia en sedas listadas de medio color, de muy buen gusto, y alguno de alpaca blanco con distinguidos adornos en glasé de color azul, grana ó maiz. Los velos-mantos, mantillas de rica imitacion, con cenefa ó encaje al canto, que se prolongan hasta mitad de la falda, se han ostentado en gran número negros y blancos, si bien estos mas escasos, por la razon antes indicada.

Sabemos, sin embargo, que habia preparados

trajes de un gusto exquisito en telas sultana, brillantina, granadina y moiré (telas de lanas ligeras) de excelente vista y no excesivo precio, unos en fondos claros, otros en medio tono, y algunos de listas, si bien éstas van ya siendo poco aceptables entre las personas de buen gusto por lo generalizadas que están. Las faldas nesgadas y los adornos en bie-ses de otro color, verde sobre todo, entraban por mucho en estos trajes, adornos que, segun correspondencias del vecino Imperio, gozan de gran favor para los trajes de verano. Habíanse confeccionado éstos, unos con cuerpos de aldetas, otros con talle redondo y cinturon con cabos flotantes, y algunos con paletot de cinco picos, hechura graciosa y distinguida.

Lamentemos la poca galantería del tiempo, que ha hecho inútil tanto preparativo, y vengamos á reseñar las últimas novedades, porque en materia de Modas nunca se ha dicho la última palabra. En telas están en boga las ya anunciadas, susceptibles de trajes caprichosos, y en hechuras los cuerpos con aldetas, bien sean escotados ó altos, y muchos adornados de cinturon con cabos flotantes, que transforma en distinguido un traje sin pretensiones. Indícanse como adornos de novedad, la pasamanería de paja, que contribuye á dar propiedad y ligereza á los trajes de Estío, y sobre todo de campo, y las cintas perladas, que se utilizan especialmente para paletots negros. Hemos visto uno de esta clase con cinco picos, y bordado de cuentas de un blanco mate, dispuestas en hilera ó en greca, que puede recomendarse como digno de fijar la atencion en una

época en que la Moda es fértil hasta la exhuberancia. ¡Cada día enriquecen su historia nuevas invenciones!

De las mas lindas son las vestas, ó figaras sin mangas, destinadas á completar trajes de alguna pretension, como para recibir en casa, asistir á teatros y reuniones de confianza.

Esta encantadora novedad es el medio término entre el aristocrático atavío de etiqueta y el sencillo de calle ó de visita. Ejecútanse en alpaca blanca con cintas perladas ó tejidas con oro, y sobre todo en muselina ó tul con encajes y cintas pasadas por entredoses, que siguen todo su contorno, escote, costuras y hombrera. No puede formarse idea, mas que á su vista, de la graciosa coqueterfa de estas confecciones, que parecen exigir un talle esbelto y un rostro ingénuo y candoroso en la persona que las use.

Si los sombreros de calle han dejado de preocupar la atencion y de modificarse, quizá porque ya es imposible reducirlos mas, en cambio la cuestión de sombreros de campo está sobre el tapete. ¡Quién no se conforma con el gorrito Juana de Arco, y afirma que dominará el tricornio! Quién, sin fijarse en lo que esta forma favorece, da su preferencia al sombrero de batelera, sombrero con anchas alas, y quién le prefiere á la inglesa, como los del año anterior, adornados de pluma con el ala levantada, lo que les da una forma vaga de sombrero mosquetero! Este será, á no dudar, el que adopten las señoras de algun respeto. Las jovencitas, no creemos aventurado afirmar, que los usarán de copa cuadrada y ala recta, adornados de un largo velo de crespón, ó sencillamente de un cordón de margaritas sin follaje alrededor de la copa.

Los trajes de campo se hacen decididamente cortos sobre falda de color, ambas con bordes ondeados, ó solo la primera sobre la segunda, de caprichoso

adorno ésta y colores fuertes. Si en este género nuestras suscriptoras quisieran adoptar lo mas escéntrico, como aconseja por el momento la Moda, les recomendaríamos un traje de alpaca blanca, de falda corta, y adornada en toda su estension de tiras perpendiculares de seda grana claveteadas con botones de acero: esta falda descansa sobre otra grana, lisa, y completan el traje figura blanca adornada como la falda, sin mangas, y abrigo grana, corto y holgado, con su capuchita. Este traje tiene ese sello de buen gusto que alcanza en cuestión de Modas todo lo original; mas bien todo lo atrevido! La falda de este caprichoso traje de campo presenta la ilusión de una persona metida en una maleta de piel de Rusia. Y si en lugar de blanca se eligiese la alpaca color de habana, el efecto seria completo! Ejecútanse muchos trajes de campo, no menos distinguidos que el que acabamos de citar, y si mucho mas aplicables, en hilo crudo, lanas de medio color y alpacas grises ó blancas, bordados á punto ruso y méjico, bordado que ha venido á sustituir al de *soutache*, hoy relegado solo á los trajes de niños. Generalmente se hacen con la falda ondeada sobre otra de color, y con paletot ceñido, corto, y sujeto con cinturon.

Con la falda corta es indispensable la bota alta y de elevado tacón, que tanto favorece al pié: dícese que este año se llevarán de telas de hilo de medios colores, lo que es en verdad una agradable innovación. Si los trajes son claros, el calzado no puede ser negro, y el pié de una dama no debe aprisionarse entre el chagrin y el charol que le mortifican: un tejido, sólido y flexible, promete tener mas aceptación, y no dudamos que con tan cómodo y caprichoso calzado, el pié diminuto de nuestras compatriotas hará mas de una conquista en las playas de Biarritz, ó en los poéticos jardines de San Ildefonso.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

RECUERDOS DE TOLEDO.

Era una de esas floridas mañanas de Mayo, en las cuales el cielo trueca apacibles sonrisas con la tierra, cuando dejamos atrás los campos de margaritas y amapolas, los árboles seculares que dan sombra á Aranjuez para ir á saludar llenos de júbilo á la imperial Toledo, á la ciudad de los augustos recuerdos, á la antigua ciudad, trofeo de nuestras pasadas glorias.

Volaba silbando la locomotora, y en muy breve tiempo nos hallamos delante de las ruinas cubiertas de musgo, de las casas negruzcas, bañadas por las aguas de aquel río, que parecen aun tintas con la sangre de moros y cristianos, segun es su color turbio y rojizo.

Subimos por una escarpada cuesta, que bien puede llamarse así, y nuestra primera visita fué á la magestuosa Catedral, en donde brilló la altiva media luna, en donde brillaba hoy en toda su pompa el culto de nuestros padres.

¡Imposible es describir con palabras la sensación de santo respeto que sobrecoje el alma á la vista de aquellas

tres naves de prodigiosa altura, que rematan en agujas góticas de una belleza esquisita. ¡Cuántos y cuántos sucesos habrán presenciado estos muros! cuántas confidencias habrán recogido estos ecos! cuántas lágrimas habrán absorbido las losas del pavimento!

¡Cuántos niños habrán entrado aquí por las puertas de oro de la vida! Cuántos muertos habrán permanecido sordos á las preces de los deudos y sacerdotes, que les abrían no obstante las puertas de los cielos!

Las Catedrales! Epopeyas sublimes de los siglos, ¿quién habrá que no os cante y no os admire?

¡Vosotras sois el símbolo de esa religion consoladora que abriga igualmente bajo su manto al pobre y al rico, al triste y al venturoso, al criminal y al que ha vivido siempre en el seno de la cándida inocencia! Risas y lágrimas, virtud y arrepentimiento, todo queda santificado al pasar por estas puertas! ¡Cuántos pobres habrán sentido aquí rebosar su alma de piadoso júbilo, postrados á las plantas del padre amante, del juez justo, del consolador infinito! cuántos Reyes habrán sentido estremecerse su corazón de terror al oír las amenazas del juez incorruptible, y habrán escondido en el polvo la frente, agobiada bajo el peso de sus culpas!

¡Asilos de la paz, templos de la justicia, alcázares del bien. ¡Oh, santas Catedrales, yo os bendigo!

En esta augusta mansion callan repentinamente todas las pasiones mundanas, para dejar su lugar á un sentimiento único: al sentimiento de amor hácia la divinidad, de admiración hácia los hombres, que inspirados, que alentados por la fé, han sabido elevar tantas y tan sublimes maravillas!

¡Ay, ni aun polvo quedará de aquellas creyentes generaciones, y sin embargo su obra está en pie, bella, magestuosa, soberbia, desafiando el transcurso de los tiempos, desafiando las vicisitudes de los siglos, desafiando las diversas doctrinas, los diversos sistemas, que nacen, viven y mueren, mientras ella permanece incólume, como la idea infinita y eterna que representa.

Pero he dicho que ni aun polvo quedará de aquellas generaciones creyentes, y no he dicho bien. ¿En dónde, si no hubiesen tenido un alma inmortal, hubieran hallado el gigantesco aliento para poner unas sobre otras esas enormes piedras, y empezar un monumento que no debían ver terminar sus ojos? ¡Ah, no! aquellas piadosas almas contemplan desde el cielo su obra, y al oír las preces que resuenan bajo sus sagradas bóvedas, al oír los cánticos que ensalzan las glorias del Altísimo, sentirán un suave júbilo, tal como solo podrían explicarlo los serafines en su místico lenguaje.

¡Las aspiraciones inmortales, no terminan, no caducan, como las aspiraciones de la tierra!

Y en prueba de cuán pasajera es la gloria del mundo, allí está, en una de las capillas laterales, dormitando en su lecho de fría piedra, el soberbio D. Alvaro de Luna, el que dirigió su planta á la cumbre del poder humano, y tropezó con el cadalso; el que aspiraba á dominar los pueblos y sintió comprimida su garganta por la mano del verdugo! Allí está, mudo, inmóvil, helado, y si el mármol pudiera hablar, si el mármol pudiera conmoverse, sin duda nos gritaría con ronca voz á todos los que por allí pasamos: *Huid los halagos de la ambicion, renunciad á los sueños*

de una caduca gloria, pensad tan solo en el bien, que jamás se estingue!

En efecto, si la estatua de D. Alvaro llena el alma de conmiseración y espanto, las miradas se fijan con dulce complacencia en una de las cuatro figuras que sostienen la lápida mortuoria, y que representa á un gallardo jóven.

Esta es, dicen, la imagen del paje fiel, único fiel entre los numerosos servidores, que no abandonó á su señor en la desdicha, que le acompañó hasta el patíbulo, y que recibió junto con la postrera bendición, junto con el postrer adiós de D. Alvaro, el anillo adornado con el sello que habia dispuesto de tantas vidas, honras y haciendas, única insignia de su pasado esplendor, único bien que le quedaba!

Tan grata como la imagen del fiel paje son al alma los retratos de los Arzobispos, desde el bendito San Eugenio hasta el virtuoso Bonel y Orbe, que adornan la Sala Capitular, severa y magestuosa. ¡Imposible es describir la emoción que causan todas aquellas miradas, que parecen aun iluminadas por el fuego de la caridad cristiana! ¡Aquellos labios que parecen moverse todavía para sembrar la palabra divina en los corazones de sus fervidos oyentes!

En la Catedral de Toledo todo es grande, todo es magnífico, desde la fábrica, grandiosa y atrevida, desde las estatuas, los cuadros y los frescos, desde las joyas inmensas y riquísimas, hasta las campanas, cuyos sonidos acordes y armoniosos resuenan á larguísima distancia, y llenan el alma de veneración santa y profunda.

El Coro es una obra admirable, de nogal tallado, que representa la conquista de Granada, y que asombra por la propiedad de las figuras y la delicadeza de los detalles.

En la Sacristía, además de las joyas de la Virgen, admiramos un antiquísimo misal, manuscrito y adornado de viñetas peregrinas, y el histórico: *Tanto monta cuanto monta*, pálio de una riqueza deslumbradora, cuyas dos mitades fueron regaladas por los dos Reyes Católicos, y llamado así, porque son enteramente iguales en coste, en gusto y en trabajo.

En la Iglesia, besamos con piadosa unción la piedra en donde la Virgen del Sagrario imprimió su divina planta, cuando se apareció repentinamente para poner la casulla á San Ildefonso.

Cuentan que entonces se oyó un grande estrépito, que el templo se inundó de luz, y que resonaron los acordes de una armonía, que nunca jamás han vuelto á oír los fieles toledanos.

Adoramos igualmente las reliquias de Santa Ursula, y nuestro guía, ansioso de contarnos añejas leyendas, nos enseñó hasta el cuerno del toro que trajo la primera piedra para fundar la Catedral, y que está adherido á una de las columnas.

Con el alma tiernamente conmovida, nos decidimos por fin á abandonar el recinto augusto, y visitamos muy de prisa, porque el sol llegaba ya á su ocaso, el Alcázar, en donde moró la Católica Isabel, la iglesia de San Juan de los Reyes, la de Santa María la Blanca, la Fábrica de Armas, tan célebre en toda Europa en los pasados tiempos, y la iglesia de Santa Lutgarda, en donde se celebraban los famosos Concilios Toledanos.

Lo último que nos detuvimos á considerar, fueron las ruinas del palacio de D. Rodrigo y el Baño de la Cava. ¡Oh, cuánto hablaron á nuestra mente, iluminadas por los últimos fulgores de la tarde, aquellas piedras, amontonadas ó dispersas, medio cubiertas las unas por el musgo, medio cubiertas las otras por las aguas del río, pero en las que está escrita con caracteres indelebiles la historia de setecientos años, la historia de toda la sangre que se vertió, de todas las lágrimas que se derramaron durante aquel largo período que media entre D. Rodrigo y la Católica Isabel!

¡Oh inestabilidad de los sucesos humanos, pendientes de un solo hilo; hilo quebradizo, y que puede no obstante arrastrar en pos de sí una larga é interminable cadena de infortunios!

Entre las sombras confusas de la noche, que se agrupaban ya por todas partes, parecían huir á lo lejos entre los escombros los valientes Godos, parecían avanzar las furibundas legiones agarenas sembrando el espanto y el exterminio; y los ayes de la brisa, el murmurio de las aguas por un lado, los gritos lejanos de la poblacion por otro, asemejábanse al lamento de los que sucumbían en aquella gran catástro-

fe, y á los cantos de victoria de los soberbios vencedores...

Setecientos años de guerra, de luto y de abyeccion, produjo aquella mirada culpable, que D. Rodrigo desde la ventana de su Alcázar dejó caer sobre el baño de Florinda!

Cerraba ya completamente la noche, las campanas de la Catedral dejaron oír su sonoro y majestuoso tañido, como un solemne adios de despedida; silbó la locomotora, y volvimos á Aranjuez, pensando en que una mujer perdió al hombre en el Paraíso, en que una mujer hundió á España en un inmenso cataclismo, cuyas consecuencias fatales aun nos alcanzan en el día!

Una mujer! ¿Qué es una mujer? ¡Hermoso joyel, insignificante juguete para la consideracion de nuestros antepasados, y que sin embargo pudo perderlos ó salvarlos, como los perdió Eva, como los salvó María, la Inmaculada!

¡Oh padres, padres, preciso es que abrais los ojos á la luz de la verdad, y que atendais de aquí en adelante á la educacion de vuestras hijas, que árbritas absolutas de las pasiones de los hombres, pueden á su antojo hundirlos en el cieno, ó elevarlos hasta las regiones inmortales!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

AVES Y HORAS.

Las horas, cual las aves,
Rápidas vuelan,
De prisa, muy de prisa!...
¡Cómo se alejan!

Las aves vuelven,
Mas las horas volando
Se van por siempre!

Agitando en pos de ellas
Su blanca pluma
Las ilusiones parten
Una tras una;
Y va dejando
Cada ilusion al alma
Un desengaño!

Son nuestras ilusiones
Mágicos sueños,
Mas son los desengaños
Negros! muy negros!

Por eso el alma
Toda ilusion que pierde
Con llanto baña.

Cuál se alejan las horas!

¡Rápidas vuelan!

Las gratas ilusiones

Huyen con ellas.

¿A dó caminan?

¡Para siempre se pierden!

¡Eran mentidas!

Las horas, cual las aves,

Rápidas vuelan,

Es en vano pararlas,

Mas pronto os dejan.

Las aves vuelven,

Mas las horas volando

Se van por siempre!

Como se eleva el ave

Sobre las nubes,

Se alzará mas hermosa

Alma que sufre.

Y en cumbre santa

Bendecirá sus penas,

Solo soñadas.

Volad con mis suspiros,

Horas, de prisa,

Que tan solo en pos vuestro

Se halla la dicha.

Mas, ¡oh, qué calma !...

¿Por qué á mi pecho y mente
Robais las alas ?

BLANCA DE GASSÓ Y ORTIZ.

LA HERMOSURA DEL ALMA.

(CONTINUACION.)

—¿Y la creíais envidiosa ? Preguntó Enriqueta en tono cariñoso.

—No puedo menos de repetirlo... diríase que á vuestro aspecto han huido las pasiones vergonzosas que agitaban su alma. Sin embargo, el odio á su tia subsiste aún en toda su fuerza ; estoy seguro de lo que digo, solo el nombre de Montbrison la estremece si lo oye pronunciar ; jamás ha querido volver á pisar aquella hermosa propiedad, y eso que no se halla en ella Madm. de Adhemar ni su familia : si oye nombrar á ésta toda su sangre afluye á las mejillas, arruga el entrecejo, y sus ojos despiden un resplandor siniestro.

Ahora, mi buena colaboradora, ya sabéis á qué atene-ros, conocéis el origen del mal, y no dudo de que me ayudareis á combatirlo.

Ya os he dicho que la música me parece un buen remedio ; si veis que tiene gusto en oírla, ya sereis bastante condescendiente para encantar sus oídos con los acordes de la voz y del laud ; creo que además os prestareis á darla cuantas lecciones sean necesarias, ya sea en la música, ya en el dibujo, ya en cualquiera otro ramo de instruccion....

—Oh ! eso no debeis ponerlo en duda, exclamó Enriqueta ; me anticiparé á sus deseos, y me daré por contenta si logro despertar en Matilde la sensibilidad y el deseo de instruirse ; pero sobre todo si consigo abrir su corazón á la piedad, á la gratitud, á la ternura, á todos los nobles y dulces sentimientos que alegran y embellecen nuestra vida. ¡Oh, padre mio ! plegue á Dios que mi desgracia sea el origen de la felicidad de Matilde.

—¡Benditas palabras ! exclamó el doctor enternecido ; el corazón que os las ha dictado lleva en sí mismo el cimiento de una felicidad duradera. ¡Sereis feliz, Enriqueta mia ! muy feliz ! Porque sois buena, y la bondad es la fuente inagotable, el verdadero manantial de los goces mas puros del corazón humano. El vuestro se interesará por Matilde, que á mi ver no está desprovista de cualidades preciosas, pero que no se han desarrollado por falta de cultivo y sobra de ira ; trabajemos de consuno para destruir en ella esa pasión desordenada que se opone á la grande obra de su regeneracion moral.

En aquel momento llamaron quedito á la puerta, y asomó la cabeza de Matilde.

—¿Qué hay ? preguntó con cierto enbarazo y ansiedad.

—He cumplido el encargo, y esta señorita te dará las gracias por tanto cariño y buena voluntad, dijo Montreal colocando la mano de su pupila entre las de la noble huér-

fana, que la estrechó con efusion, colmándola de besos y abrazos ; Montreal salió enjugándose una lágrima y cerró tras sí la puerta.

VIII.

—Qué buena sois, mi querida Matilde ! dijo Enriqueta estrechándola en sus brazos ; no sé cómo probaros lo mucho que agradezco vuestras generosas ofertas. Creed que soy capaz de comprender y apreciar lo que vale una tierna amistad.

—¿Admitís la mia, segun eso ?

—¡Oh, sí por cierto !... y me tengo por dichosa en haberla inspirado.... Es un gran favor del cielo el cariño de un alma noble y hermosa !

—Hermosa !! repitió Matilde con una entonacion amarga, y cubriéndose de súbito rubor.

—Hermosa, volvió á decir Enriqueta, desentendiéndose de la turbacion de Matilde : la bondad, la compasion, el desprendimiento, son virtudes muy hermosas á los ojos de Dios y á los del mundo. Cualquiera que oiga referir el rasgo que habeis tenido con esta pobre huérfana, comprenderá que os adornan esas virtudes, y exclamará : ¡Qué alma tan hermosa ! Bien merece la estimacion, el cariño y el respeto de las gentes honradas.

Matilde miró á Enriqueta con la espresion del mas puro regocijo, por vez primera desde su terrible y dolorosa enfermedad oia sin experimentar cólera ni dolor aquella palabra hermosa, que tanto la tenia humillada ; pero su alegría duró lo que dura un relámpago ; el recuerdo de los desprecios y las burlas que le habia valido su fealdad, borró la impresion agradable, y el descontento se pintó de nuevo en sus miradas : desprendió su mano de la de su amiga, y con un brusco movimiento acercóse á la mesa donde se hallaba el laud.

—¿Qué viene á ser esto ? preguntó señalando al instrumento.

—Es mi laud, contestó Enriqueta : cuando mi padre vivia gustaba mucho de oirme cantar, y ese instrumento acompañaba mi voz : ahora le tengo muy olvidado. ¿Queréis ver mis labores ? Mirad, aquí tengo una porcion de bordados y dibujos ; son mis riquezas, en el día no tengo otras, y quisiera repartirlas con mi querida Matilde. ¿No me dareis el gusto de aceptar las que mas os agraden ? Matilde acercóse á mirar las primorosas labores, y exclamó sorprendida : ¡Cómo ! ¿Todo eso es obra de vuestras manos ?

—Todo, hija mia, y el día que se os antoje hareis otras iguales.

Matilde meneó la cabeza en señal de duda y cumplimentó á su amiga, diciendo :

—¡Sois muy hábil ! Y al decir esto se notaba en ella una mezcla de sinceridad y descontento, de admiracion y envidia.

Apartó sus miradas de los bordados para fijarlas de nuevo en el laud, que por cierto era muy lindo, y primorosamente incrustado de nacar y ébano sobre madera de limonero ; pasó ligeramente la mano por encima de las cuerdas, éstas despidieron sonidos que la hicieron estremecer.

Enriqueta tomó el laud entre sus manos, puso los dedos de Matilde sobre los trastes, y explicó el uso que debe hacerse; nombró cada una de las cuerdas, y uniendo la lección práctica á la teórica, pulsó las cuerdas de modo que arrancó al instrumento sus acordes mas deliciosos. Matilde palideció, apoyóse en el respaldo de una silla, y su mirada humedecida quedó clavada en el rostro de Enriqueta, que la dijo:

—¿Queréis que toque algo?

Matilde inclinó la cabeza en señal de asentimiento, tan conmovida estaba, que ni hablar podía. Enriqueta, maestra en el arte, tocó un adagio, que produjo tal efecto en Matilde, que cayó sentada en el sillón con el rostro inundado de lágrimas. Enriqueta soltó el laud para estrecharla entre sus brazos.

—Continuad, continuad, balbuceó Matilde acariciándola; Enriqueta volvió á tocar algunas piezas alegres, que reanimaron á la impresionable niña; ésta se la comía con los ojos, ya siguiendo el movimiento de sus ágiles manos, que recorrían hábilmente las cuerdas y los trastes, ya deteniendo sus miradas en el rostro expresivo de la jóven artista, cuyos ojos acariciaban á Matilde, observando cada una de sus impresiones. Esta se levantó de pronto, y fué á besar á la huérfana con indecible ternura.

—Mi querida señorita de Waldbourg, dijo con encantadora timidez, ¡si fuérais tan buena que me enseñárais á tocar así! Cuánto lo agradecería. ¡Me agrada tanto la música! ¡Oh, la amo con pasión!

—¡Cuánto me alegro! exclamó Enriqueta, con eso pasaremos juntas muy buenos ratos; á mí también me gusta mucho la música. ¿Conoceis alguno de sus métodos?

—Hubiera podido aprender á tocar el piano, dijo Matilde apartando los ojos, pero una persona muy antipática, y con la que no quiero nada de común, debía estudiar conmigo, y eso me disgustó de las lecciones.

—No lo extraño, repuso Enriqueta con dulzura, sucede muchas veces que las cosas agradables nos fastidian por causa de la relación que tienen con gentes á quienes no podemos querer ni estimar. Afortunadamente no nos hallamos ahora en ese caso: nuestro recíproco afecto vencerá las primeras dificultades amenizando las lecciones.

—¿Es cosa muy difícil aprender á tocar el laud?

—No mucho, sobre todo si como me figuro, teneis disposición y buena voluntad, en cuyo caso nos servirán de recreo las lecciones. ¿Queréis que las comencemos desde ahora?...

—Oh, de muy buena gana. ¡Dios mío! ¡qué amable sois! qué buena! cuánto, cuánto os quiero!...

—Y no haceis mas que pagarme, porque yo también os amo entrañablemente.

La lección duró hasta que las llamaron á la mesa. Matilde apareció en la sala de comer con el rostro iluminado por el júbilo, mostróse amable y risueña con todos, y al retirarse á su cuarto los saludó con un agrado nunca visto en ella; despidiéndose de su amiga de una manera tan afectuosa, tan especial, que sus tutores no sabían cómo dar las gracias á la que había hecho aquel milagro.

—Sois, la decían, el ángel bueno de Matilde, sereis el instrumento de su dicha y salvación.

Cuando Enriqueta se halló sola en su dormitorio, arrojóse á los pies de un Crucifijo, exclamando: —¡Gracias, Dios mío! Después se levantó, sacó del pecho un medallón en que guardaba el retrato de su padre, besó la imagen querida, y exclamó: ¡Gracias también, oh mi querido padre y maestro!... El mayor beneficio que un padre hace á sus hijos es darles una provechosa educación; á no ser por tus lecciones, padre mío, ¿cómo retribuir ahora los favores que recibo? ¿Cómo servir de algo á mis queridos bienhechores, á los que te han reemplazado en este país extranjero, en cuanto es posible reemplazar á un padre tan bueno y tan amante?

IX.

Con un celo digno de alabanza se puso Enriqueta á repasar los estudios que tenía olvidados: estimulábala el deseo de hacer bien, y esto aligeraba el peso de su tristeza. Matilde, por su parte manifestaba un gran deseo de aprender, y una firme voluntad de vencer las dificultades; avergonzándose de su ignorancia, y no por eso esperimentó ruin envidia de la superioridad de su jóven maestra, que de buena fé la disimulaba, evitando lastimar su amor propio.

A las lecciones de música uniéronse las de dibujo y labores de distintas clases; la maestra, sin adular á su discípula, elogiaba su aplicación, y componíase de modo, que la niña quedaba contenta de sí misma, y mucho mas de su directora, con quien iba ya tomando confianza. Así es que sus conversaciones fueron haciéndose tan íntimas, que la jóven pudo ejercer una influencia saludable y continua en el ánimo de la rebelde criatura, que unas veces por gusto y otras por convicción, cedía en su terquedad, y cada día mostrábase mas dócil. Aunque nacida en Rusia, Enriqueta no seguía como la generalidad el rito griego; profesaba la fé católica, lo mismo que sus padres; poseía esa tierna y sencilla piedad que sabe darnos fortaleza en la desgracia, moderación en la fortuna, y confianza en todo tiempo. Estimulada por el ejemplo, Matilde volvió á cumplir los deberes piadosos, que á pesar de las amonestaciones de madama Montreal había descuidado fatalmente: desde luego se notó la saludable influencia, y su reforma progresó á ojos vistos.

Sin embargo, aun quedaba mucho qué hacer; no se desarraigan en un día las pasiones alimentadas por espacio de muchos años; todavía no era posible tocar ciertas materias sin que Matilde arrugara el entrecejo, cubriéndose de un vivo carmin sus mejillas; mas podía esperarse la emienda, y esto era ya mucho.

Enriqueta, sin contradecirla, lograba cuanto quería dirigiéndose al corazón de Matilde. Si hallaba resistencia se callaba, esperando del tiempo, de la reflexión y de la bondad positiva de la educanda el efecto que no hubieran producido sus amonestaciones.

—Me pasma, decía Montreal, lo fácil que ha sido para Enriqueta el conseguir de nuestra pupila lo que nunca logramos nosotros, á pesar de nuestro afán: comienzo á persuadirme de que íbamos por mal camino, y eso, que co-

mo ella, empleábamos la dulzura, la indulgencia y la razón.

—La razón es una señora demasiado austera, dijo Enriqueta sonriendo. No es mucho que asuste á las niñas, si se las presenta desnuda de adornos antes de darla á conocer. Sobre todo, á los espíritus débiles y enfermizos conviene hacerla muy amable; vé ahí lo que hago yo con Matilde: me acuerdo que mi buena madre solía decir, que las mujeres sienten mucho y razonan poco, que para dirigir las conviene interesar el corazón antes de convencer al entendimiento.

—¡Pero eso es lo que yo he procurado inútilmente! dijo Mad. Montreal.

—¡Oh, no, señora, no ha sido inútilmente! repuso Enriqueta con calor, las lecciones que habeis dado á Matilde son las que ahora fructifican. ¿Pensais que á no haber sembrado vos el terreno, podría yo prometerme gran cosecha? Vuestra es la mayor parte del mérito. Matilde os debe mas que á mí.

—Y yo, dijo Montreal, quisiera deberos una condescendencia, y no sé si debo dirigirme á vuestro corazón ó á vuestro entendimiento. Pues bien, querida Enriqueta, yo juzgo muy conveniente que os aprovecheis de los dones que os ha otorgado el cielo, y de la instruccion que debeis á vuestro padre. No hablo de vuestra subsistencia, porque la creo asegurada mientras no querais dejarnos, lo que sería á pesar nuestro.

—¡Oh, señor, exclamó la jóven conmovida, es posible que lo supongais!

—Me alegro en el alma que os parezca inadmisibile la suposicion; pero en fin, dejándonos de rodeos, voy á recordaros un asunto desagradable.... No quisiera entristeceros, pero se trata de cumplir los deseos de vuestro padre.... su postrera voluntad.... y necesito que me ayudeis.

—Hablad! hablad! dijo la jóven palideciendo y suspirando.

—Los postreros votos de Mr. de Waldbourg fueron que su reputacion queda limpia de toda mancha.

—¿Y no lo está? preguntó Enriqueta, poniéndose mas encendida que una grana.

—Su reputacion ha quedado sin mancilla, pero la bancarrota de Mr. Bloun ha debido necesariamente causar perjuicios á otras familias que tomaron parte en sus negocios, confiadas en la notoria honradez de vuestre padre.

Enriqueta miró al doctor con inquietud, y dijo: —¿Por qué me habeis dejado ignorar esos detalles?

—Porque antes de aflijiros quise adquirir datos seguros acerca de los negocios relativos al comercio de vuestro padre.... su honor está satisfecho, la memoria de Mr. Waldbourg es querida y respetada entre todos sus conciudadanos; nadie ignora en Riga que ha sido la víctima de Bloun y no su cómplice, que no ha dejado mas herencia que un nombre sin tacha.... nombre que constituye toda la fortuna de su hija.... pero fuerza es deciroslo.... dos pobres y honradas familias se han arruinado por causa de Bloun.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

PENSAMIENTOS.

Cuando miro á todas partes
Y no distingo tu rostro,
Digo con inútil cólera,
¿De qué me sirven los ojos!
Pero al mirarme á mí mismo;
Si en mi corazón te veo,
Esclamo, benditos sean
Los ojos del pensamiento.

Unos adoran á Marte,
Otros adoran al Sol,
Yo adoro tus ojos negros.
Qué hermosa es mi religion!

Huyendo de la mentira
Me refugié al campo santo,
Y en letras de oro la ví
Sobre muchos epitafios.

Has empleado tal arte
Para herir mi corazón,
Que ahora quiero perdonarte,
Y es imposible el perdon.

Saldrá el sol en adelante
Como ha salido hasta aquí;
Para algunos qué radiante,
Qué pálido para mí.

En las horas de inaccion
En que la imaginacion
Se llena de pensamientos,
Ó no tienes corazón
Ó tienes remordimientos.

Si quieres, hermosa niña,
Vivir libre de cuidados,
En el album de tu pecho
Deja las hojas en blanco,
Mira que si en él escribes
Tal vez te arrepentirás,
Y las hojas de ese libro
No se pueden arrancar.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.



LABORES.

La que hoy presenta nuestro grabado es de tal importancia y gusto, que nos evita todo elogio destinado á realizar sus bellezas: estas aparecen á primera vista, y ejecútase con ese dibujo una *colcha*, para colocarla sobre viso de seda azul ó color de oro, ó un *tapete* para mesa ó velador de salón, su efecto es siempre el mismo; su efecto resalta desde luego, y su utilidad la recomienda por sí misma.

Ejecútase esta linda labor á tiras alternadas, una de *crochet* cuadrado, y otra formada por rosetas oblongas, unidas unas á otras por las cabeceras. La primera de ambas tiras no necesita esplicacion, como saben nuestras lectoras, debiendo copiar el dibujo por cuenta como uno de cañamazo, haciendo tres barras en el cuadro mate, y una que marque el límite en el calado, y en cuanto á la segunda, la ejecución de cada estrella es como sigue:

Se hacen 15 puntos sencillos de cadeneta, que se cubren de barras, formando así el centro mate de la rosa, y trabajando sobre él en vueltas completas.

1.^a *Vuelta*.—3 ps. s., lo que forma la primera barra, *3 ps. s., 1 bar. en la vuelta anterior, 3 ps. s., 1 bar. en la vuelta anterior.* Se repite de señal á señal hasta el fin de la vuelta, haciendo tres barras unidas del pié, aunque separadas por los mismos puntos, en cada uno de los estremos.

2.^a—*7 ps. s., 1 p. d. en el tercero de la vuelta anterior.* Se repite lo mismo, menos en la presilla de la cabecera, que solo se deja un punto por medio de la vuelta anterior.

3.^a—Se sube hasta la mitad de la primera presilla, cubriéndola de puntos dobles, y allí se hacen: 3 ps. s., que forman la primera barra, 2 bar. mas, *3 ps. s., 3 bar. en la presilla siguiente.* Se repite.

4.^a—7 ps. s., 1 p. d. en el cuarto punto de la vuelta

anterior, *7 ps. d., 1 p. d. en el cuarto que sigue, á contar desde el anterior, * y se repite, terminando esta vuelta la roseta con presillas ó festones, por los que se cosen unas á otras, y por los costados á la tira calada.

Terminada la *colcha*, se le hace el fleco en esta forma:

Se anuda el hilo en una punta, y se sigue todo el borde, haciendo 2 ps. s., 1 bar.

2.^a *Vuelta*.—1 p. d. en el primer calado de la vuelta anterior; *7 ps. s., 1 p. d. en el tercer calado, con lo cual quedan tres barras de la vuelta anterior por medio, * y se repite desde la señal.

3.^a—5 bar. en el primer calado, *3 ps. s., 5 bar. en el calado siguiente.*

4.^a—3 bar. sobre las del centro de las cinco, *3 ps. s., 1 p. d. en el calado de los tres puntos, 3 ps. s., 3 bar. sobre las cinco siguientes.*

5.^a—5 ps. s., *1 p. d. sobre los tres primeros puntos sencillos, 2 ps. s., 1 p. d. sobre los tres puntos sencillos que siguen, 5 ps. s.*

Ahora solo falta cortar gran número de cabos del mismo algodón que se haya ejecutado la *colcha* y anudar cuatro en cada presilla de los cinco puntos, pasándolos dobles para sacar por su misma mitad todos los cabos: de esta manera se cubre todo alrededor de fleco, del tamaño que se quieran cortar los cabos.

Si para mayor comodidad quiere ejecutarse aparte el fleco y coserle despues, no hay mas que hacer una cadeneta de la estension que se necesite el fleco, y trabajar sobre ella.

Esta labor debe hacerse con algodón número 25, ó con estambre finito del que se emplea para bordar en blanco.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 847.

FIG. 1.^a TRAJE DE PASEO PARA JOVENCITA. — *Vestido y paletot* de seda verde, adornados de guipure blanco y cintas de seda negra, con filete blanco tambien.

Falda muy larga de atrás y cortada en nesga, adornada en el bajo de un ancho guipure, estirado y colocado entre dos órdenes de cintas negras: *cuerpo* alto, liso, con talle redondo y cinturón con broche: *manga* entreancha, adornada en el bajo por dos órdenes de cinta.

Paletot de forma holgada, recta, mas largo por detrás, y cerrado por delante con seis camafeos. Este paletot carece de mangas, adornándole todo alrededor y en la hombrera un guipure, y otro mas estrecho encima, sujeto por una cinta en su mitad: otro mas ancho, y cosido doble por su pié, parte de adelante del escote, y se anuda en la espalda, descendiendo en cabos flotantes.

Sombrero tricornio, de crin, forradas las vueltas del ala con tafetan verde, y adornado por delante con camafeos, en los que se enlaza un cordón de seda y plata, cuyos estremos con borlas flotan por detrás: pluma blanca á la izquierda.

FIG. 2.^a TRAJE PARA RECIBIR. — *Vestido* de seda malva, con bieses de seda negra, sujetos por botones-camafeos.

Falda nesgada, con bieses perpendiculares en el bajo, guarnecidos de puntilla negra, y sujetos en cada estremo por un botón, colocados en esta forma: uno mas largo en el centro, dos mas cortos á sus lados, siguen otros dos mas cortos, y vuelven á repetirse en sentido inverso.

Cuerpo escotado en cuadro, por detrás como por delante, con talle redondo y cinturón negro. Un biés negro orilla el escote, sujetándole un camafeo en el pecho y otro en cada hombro. *Manga* con igual adorno.

Camiseta alta con cuello vuelto. Corbata encarnada.

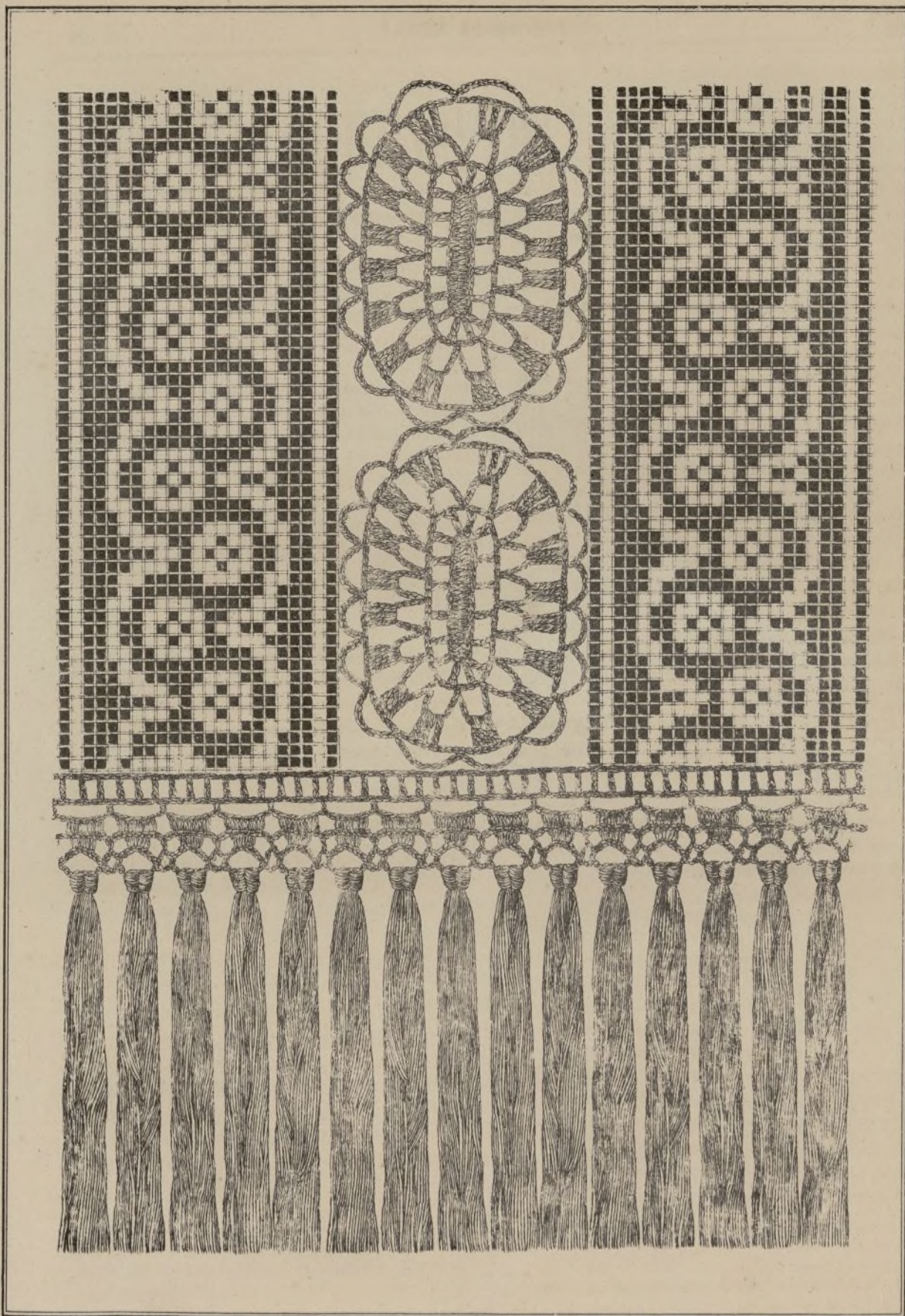
Peinado á la griega, levantado de adelante, con castaña alta rodeada de trenza, y algunos tirabuzones al pié.

Por lo no firmado: el Director

y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID - 1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo. — OLMO, 14



Junio de 1866.

Lit. de J. Aragon

Correo de la Moda.

Calle de Lope de Vega 10.

N.º 41116

Ayuntamiento de Madrid